

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

MÍSTICA CIRCULAR

Cómo podría convertirse una anécdota graciosa en tragedia?

Los hechos que desencadenaron en la muerte de la familia Bristol, pueden parecer algo graciosos. De por cierto, lo son. Aunque si dejamos de lado la intención con la que se aprecia en esta historia, no fue más que una corrida macabra hasta acabar con la vida de tres personas, y un pobre ajeno.

Podemos ponernos en melodramáticos, y graficar en nuestras cabezas una foto de unos treinta años atrás, con Roman y Adelia, recién casados. Para ser más sensacionalistas, y notar el fuerte pico aterrador que tuvo esta tragedia, podemos graficar en nuestra cabeza, una foto en el comedor de la casa, sosteniendo a su hijo Martín de bebé. Podemos ver todas las fotos felices de la familia, y resumir que no cabe más que el dolor y la indignación.

Pero insisto, todo esto fue gracioso.

Para eso, debería detenerme en los detrás de cada foto: un matrimonio casado a las apuradas y sin un centavo (el tapado de la boda de ella fue prestado); o que ella esperaba una niña, y mientras Martín fue bebé, lo vistió como mujer; o que nunca les alcanzaba la plata, o que el nene creció, y su manía de masturbarse, y sus novias, y la plata, y el tocar las cosas tres veces, y los brujos, y el arma...

Para adentrarnos en este drama, Martín había conocido a la que según él, era el amor de su vida, a la edad de 18. Si bien la amaba, le era infiel. Tristemente, para cuando el joven fue descubierto en sus malas hazañas, ella lo abandonó sin vueltas.

Para adentrarnos en esta comedia, mejor escuchar ciertas palabras...

- Me pidió que le devuelva el disco que me regaló para mi cumpleaños. – le explicó Martín a su amigo Lulo.

Ambos estaban sentados en el cuarto de Martín, bebiendo algunas cervezas, mientras conversaban acerca de su inminente separación.

- No se lo devuelvas! Por tarada!

- No me importa el disco. En realidad es lo único que me pidió... ya me quedé con otras cosas. A lo que voy es: me pidió el disco, pero lo peor fue la forma de devolverlo.

- Qué dijo?

- Que lo meta en un sobre. Que ese sobre lo lleve a un guardarropa de la entrada del local 71 de Musik-Tamm del Centro. Para esto, me dejaría la llave del casillero a unas seis cuerdas de ahí, en un árbol, a las seis de la tarde. Y que la llave la devuelva al otro día, en el mismo lugar, a la misma hora.

Lulo bebió un gran trago de cerveza, y cuando volvió su vista al frente, sus frenéticos ojos en alcohol y sorpresa, preguntaron junto a su voz:

- Esa piba se droga?
- No creo. Creo que tiene lo que tenemos todos: miedo.
- Pero, vos no vas a violártela porque te la cruces para darle un disco!
- Ella dice que soy “mala leche”.
- “Mala leche”? Te tilda que traés mala suerte?

Martín alcanzó la botella. Se puso algo agitado. Nuevamente esa maldita agitación mental, la cual se desplazaba a los pulmones, y donde el miedo se hacía carne. Bebió para distraer sus palpitaciones. Odiaba volver a pensar, pero siempre pensaba en lo mismo, siempre se terminaba hablando de lo mismo. Bajó la botella y respondió que “sí”. Luego, volvió a beber.

- Esa piba está loca! Es una enfermita mental!
- Tiene razón. – dijo Martín, casi jadeando, con sus párpados en rojo, lagrimosos. Las pupilas entraron en un trance de extravío. Todo esto, muy tenue, casi imperceptible.

- De qué estás hablando?! Le estás dando la razón a esa loca?
- No sé quién está más loco. Creo que yo. Ella pudo llegar a comprobar que estoy maldito.

- “Maldito”?!
- Maldito. Tengo un trabajo.
- Un “trabajo”? De qué? De plomero?
- Un trabajo de magia. Un daño psico-económico-social que me hizo alguna persona que odia a mi familia o a mí.

Lo gracioso fue que Lulo, en vez de sorprenderse, se adentró en el tema con un tono serio y opinó al respecto:

- No sos la primera persona que me lo cuenta.
- Ahora vas entendiendo?
- Entendiendo qué?
- Por qué ella me considera mala leche. Me va mal en todo. En el estudio, en casa, con ella...

Por suerte, y retomando un poco de seriedad, Lulo despertó del sueño en el que se adentraba, terreno que atrapaba a cualquiera.

- Vos estás loco. Sabés por qué? Porque enroscás para la mierda! En el colegio te va mal, porque no estudiás. En tu casa, por lo mismo y porque tus viejos están más locos que la mierda. Y en el caso de tu ex novia, porque la llenaste de toneladas de cuernos. Ahí no tiene que ver ninguna “magia”.

Lo gracioso, que Martín tenía una respuesta a todo aquello. Irónicamente no era más que una versión paralela:

- Si soy infiel, si mi familia está loca, y si soy un vago en el colegio, es gracias a la maldición que tengo. Repito: “daño psico-económico-social”.

- Cuál es el origen de este hechizo? – dijo su amigo, destapando la tercer botella de cerveza.

Bebió un buen sorbo, aguardó a que la bebida baje por su esófago, y pegó un gran trago. Se relamió. Le esperaba una anécdota interesante...

Para adentrarnos un poco más en el cuadro que antecedió a esta tragedia, nada mejor que abandonar a los muchachos, para viajar al comedor de la casa, esa misma noche, en paralelo.

Eran las 23 y pico, y un trozo de pintura se desprendió del techo, cayendo sobre la vieja mesa de madera.

- Ahí va otro! – le dijo Adelia a su amiga Chola, por teléfono. Ambas acostumbraban a mantener la línea ocupada, hablando de cosas triviales.

- “Otro” qué? – preguntó la mujer del otro lado.

- Qué va a ser?! Esta casa se está viniendo abajo y nada puede frenarlo!

- Pero, no te pongas a pensar! Qué acabamos de hablar?!

- Que esté bien... Y que te tengo que hacer eso, Chola. Pero no puedo.

La casa se viene abajo, las cosas van muy mal en el trabajo de Roman, van muy mal en el colegio de Martín... Te conté que se separó de la noviecita? Tan linda que era!... – sería – Terminó siendo una hija de puta... - decaída – O parte de esta mierda. Parte de este... este... - y antes que pudiera decir aquella maldita palabra, tocó la mesada tres veces, sumergida en esa maldita cábala.

- Te dije que la termines con el tema del hechizo!

- Chola, es verdad! Yo tengo un trabajo de magia encima. Lo tengo desde que me casé con Roman! Puse un pie en el Registro Civil, y las cosas empezaron a ir mal.

Ese día, el día en que justo Roman y Adelia se casaron, Tammerlane devaluó el peso y la hipoteca que tenían en Tammerlinos se multiplicó por tres. Gracioso. Lo triste fue que a partir de ese día, todo fue muy duro. Más duro todavía, cuando al par de meses, Martín nació. Y aún más cuando Adelia comenzó a comportarse de forma extraña, esa forma tan extraña pero graciosa, de vestir a su hijo como hija. La comedia siguió adelante, cuando Roman tuvo que cerrar el taller porque no le rendía ni un centavo.

A raíz de este último suceso, surge una pregunta interesante: una familia mal alimentada, es propensa a ciertos traumas psicológicos?

- Fue esa hija de puta! Esa hija de mil puta de mi hermana! – continuó Adelia, explicando lo de siempre a su amiga Chola. – Ella me hizo el hechizo.

- Pero, Adelia! Que el peso devalúe, no significa que haya sido algo directamente para vos! Hubo mucha gente que sufrió problemas peores.

- Y los otros problemas?! – preguntó desesperada. Le picaban los ojos. O parecían picarle. Se refregó los pelos a la altura de la frente, gimoteó y luego retomó su tono normal. Pero patinó en angustia: - Esta casa está llena de problemas. Martín está mal, Roman sigue mal, encerrándose en la pieza, hablando solo. Yo estoy muy mal... - y comenzó a llorar.

- Adelia! Si empezás a llorar, cuelgo.

- No, por favor! Te necesito un rato más! – pidió ansiosa, tocando la perilla del horno tres veces.

- Y eso? Otra vez tocaste tres veces? Es como si... Estás yendo al psicólogo, Adelia?

- Sí. – mintió, y tocó el centro del disco del teléfono tres veces. – Te juro que sí... Y no te me vayas...

Lo triste era que el hombre el hombre de su vida seguía encerrado en su cuarto, pensando y hablando solo, como casi todas las últimas noches.

Lo gracioso era que le tenía pánico de cruzárselo.

En líneas generales, lo gracioso no desborda, pero aflora.

Esa noche, la noche misma del hijo con Lulo en su cuarto, y su mujer al teléfono, Roman descansaba en su cama, con el arma en la mano.

Más allá de lo terrorífico de todo, lo chistoso es que el hombre estaba recordando una anécdota graciosa que una vez le habían contado.

- El padre que se separa, hechiza pañuelo de madre para retornarla, pero lo usa la hija. La hija hechizada tiene incesto con su padre, y por esto se separa de su novio, jamás dándole un por qué. El novio cree que la madre de la chica es la culpable de la separación, y hace un hechizo mortal, justo en el mismo instante en que la madre estaba haciendo un hechizo para separarlo del todo de la chica. El novio muere, la madre de la chica muere, el padre se suicida porque piensa que su hechizo causó la muerte de la mujer, y la chica se hace alcohólica y prostituta... - detuvo su memoria y miró a un lado. – Acá pasa algo parecido. – pensó. – Esta casa es una mierrrda!!! – gritó al aire.

Martín y Lulo escucharon desde el cuarto, pero no se sorprendieron. Lo mismo pasó en el comedor con Adelia. Aunque ésta sí que tuvo algo de miedo más allá de la costumbre: una vez que su marido hablaba al aire, al rato le hablaba mal a ella.

- Pero creo que no me importa. No me importa una mierda lo del hechizo! Al fin y al cabo, ellos dos son una mierda. No saben hacer nada! – pensó y se levantó de la cama.

Aterradoramente, el hombre se paró serio frente al espejo, para mirarse fijamente con el arma alzada a la altura de su pecho. Tan sólo se miraba y pensaba. Se miraba y pensaba.

- Estos dos me cagaron la vida. No cuál es el porcentaje de culpas en comparación con el hechizo, pero me cagaron la vida igual. Todo por no hacerme caso.

Miró a la derecha, y recordó los momentos en que pidió apoyo, paciencia, paz. Pero solamente le traían más y más dramas. Recordó el taller.

- Aquella por loca, y el nene por irresponsable! Me tienen cansado! Tendría que haber dejado que le dispare a su mamá! – recordó.

Justamente, y adjuntando a lado anecdótico de esta historia, la terrible historia fue una vez, cuando Martín era un niño y encontró el arma en el cajón del hombre. Jugando a los vaqueros, apuntó a mamá. Lo tranquilizador fue que Roman llegó a tiempo, y lo gracioso fue que Adelia se orinó encima del susto.

Pero las armas siempre vuelven. Sería enfermizo creerlo, pero es concientizador: cuando un arma conoce la carne, de una forma u otra vuelve por ella. Lo gracioso fue que volvió a través del cuento del hechizo. Lo lamentable es que las armas funcionan mejor en las casas de locos.

- Aunque, como a veces dicen Martín o Adelia, qué pasaría si realmente todo lo malo fuera parte del hechizo. Qué me quedaría a mí?... El remordimiento? De todas formas, no creo que dure mucho.

Se puso de pie, sereno como siempre. Caminó hasta la puerta.

- Hechizo o no, hay que hacer algo para liberarlos, liberarme. Ella no tiene vuelta atrás, él está condenado, y yo estoy jodidamente loco... Hace tiempo que vengo viendo gente que desaparece, la vocecita que canta canciones de la tele, ese puto tic-tic-tic que suena vaya a saber dónde... No sé.

Salió al pasillo. A un lado, la puerta a la cocina. Al otro, la puerta de Martín. Estaba pensando algo más, cuando lo olvidó y el destino se puso en marcha...

La terrible tragedia de la noche del 7 de Diciembre del 2002 se originó justo en el momento en que la puerta del cuarto de Martín se abrió. Paradójico

o gracioso, fue Lulo que salía a comprar más cervezas, cuando recibió un balazo en la frente, propinado por Roman.

Enseguida, el terror se propagó por la casa. Martín se puso de pie ante la caída del cuerpo de su amigo, mientras que Adelia gritó “auxilio” por el teléfono.

- Colgá que llamo a la policía! – gritó Chola, desesperada. Su grito era anudado por el horror de la tragedia. Lo gracioso fue verla a la gorda de Chola chillando como un cerdo.

- Nos va a matar! – dijo Adelia.

Y de eso estén seguros. No iba a quedar nadie. Limpieza total! Léase como quiera leerse. Que su morbosa conciencia lo lea como quieran.

Lo cierto fue que el final de los Bristol no tuvo más situaciones extravagantes que relatar. Simplemente Roman derribó a su mujer, a su hijo y luego se suicidó. Y todo acabó cuando los enterraron en el Cementerio Oeste de Tammerlane.

Los hechos que desencadenaron en la muerte de la familia Bristol, pueden parecer algo graciosos. De por cierto, lo son.

Seguramente, la seriedad en el asunto se encuentra en el estudio del fenómeno, en los acontecimientos sociales y económicos que los rodeaban. Pero no deja de ser fascinante.

También podemos sugestionarnos, y creer en lo que los Bristol creían. Lo cierto es que a menos sugestión, más relato, y con ello el nacimiento de una anécdota de enredos familiares.

En líneas generales: una tragedia de las que le ponen sabor a los barrios de Tammerlane.

FIN